

para siempre el poder, Austria no sólo se quedaba sin su gran aliado que era el que le había más impulsado á la guerra, sino que podía temer que la inteligencia entre Prusia y Rusia no se trocase en enemistad abierta.

Bonaparte, pues, podía esperar que la coalición del Norte le sería tanto más ventajosa cuanto que Pablo dominado por su manía de restaurar el orden de Malta, tenía que ver esto muy lejos desde el momento en que Malta había pasado del poder de los franceses al de los ingleses; 15 de Setiembre de 1800. Unido con Rusia, creía poder contar en un momento dado con las escuadras de las tres potencias del Norte, que podría restablecer el equilibrio junto con las de Francia y España respecto de las de Inglaterra. Este era su pensamiento ya que el bloqueo continental estaba de hecho establecido, pues en el Norte los buques ingleses sólo tenían entrada en los de Alemania y Prusia; en el Océano, en los de Portugal; en el Mediterráneo, en parte alguna fuera de Africa y temporalmente en Nápoles y Sicilia, en el mar Jónico en los de la costa de Dalmacia y Turquía, en el archipiélago, en los de Turquía.

Ahora Bonaparte debía pensar cómo había de conseguir con Inglaterra una paz tan ventajosa como la de Luneville. Obligarla á pedirla parecía imposible. Sin embargo, intentó un esfuerzo que había de comprometer más y más á España.

España después de sus reveses marítimos ya mencionados, y de su gloriosa resistencia contra Nelson en Cádiz y en las Canarias tenía sus escuadras presas ora en Cádiz, ora en Brest á donde fueron por último á parar por las escuadras británicas que siempre las estuvieron vigilando. Mazarredo estaba en Brest de jefe y su segundo era Gravina.

Francia tuvo en Saavedra que reemplazó al príncipe de la Paz, un entusiasta y convencido defensor de la alianza entre Francia y España. Para estrecharla más, envió de embajador á París al petulante Azara que en su discurso de recepción por el Directorio se atrevió hasta decir «que las mudanzas acaecidas en el gobierno de Francia, lejos de debilitar la unión de las dos potencias *no pueden servir sino á consolidarla cada vez más.*» Así se llevó con tanto celo cuanto interesaba á la República francesa, que sobre ser inexorables y de una manera inflexible con los emigrados franceses que se habían batió bajo nuestras banderas, hasta llegamos á prohibir que se tratase mal en el púlpito á los que tan duramente perseguían á la sazón al bueno de Pío VI.

Tanta sumisión que no indicaba sino mucha debilidad tenía también por causa el gobierno de

hombres que creyeron que podían reclamar los derechos de España á la corona de las dos Sicilias, dando por desposeído de ella al propio hermano del rey de España. Cuando un embajador de España en París, Azara en fin, creía que esto podía ser viable y lo proponía, los intereses de España no podían estar en peores manos, dígalos sino su despacho todo diplomático en el que hace constar que el Directorio oyó su proposición con *aire risueño y festivo*, y sin mostrar escandalizarse por ello. En efecto, hubiera sido de mal gusto tomar en serio tan ridícula pretensión.

Reemplazó por este tiempo Urquijo, embajador de España en la República batava, á Saavedra por enfermedad,—21 de Febrero de 1799,—no siendo extraño su encumbramiento la pasión momentánea, según Muriel, de la reina María Luisa por su gallarda persona.

Urquijo, sin embargo, distaba mucho de ser un hombre complaciente, y por consiguiente había de serle antipático Azara que todo lo veía á la francesa, y que se creía un gran político por lo que le agasajaban los franceses á quienes lo mismo en Roma que en París había auxiliado en dañar cuanto podía los mismos intereses, países y soberanos que tenía misión de defender. En su consecuencia, el Directorio pidió el relevo de Urquijo y que le sustituyera Azara. De esta reclamación se encargó el embajador francés Guillemerdet, protestando luego Azara no haber sabido nada de ella, y Urquijo hizo hablar al fin á Carlos IV un lenguaje digno de una nación independiente,—22 de Febrero de 1799.—El Directorio dejó en paz á Urquijo creyendo que ya le bastaba tener en París un Azara que se permitió dar la lección al Directorio cuando Prairial, lo mismo que se la dió también aparte para la organización del Consulado, un hombre, en fin, que había conspirado con Joubert para restablecer la monarquía en Francia con un príncipe español. ¡Y pensar que nuestro buen Lafuente lo toma todo esto en serio incluso al personaje!

Urquijo tuvo que hacer frente á otra reclamación no menos injuriosa para el honor español. Estaba todo tan desconcertado y desorganizado en España gracias al gobierno absoluto, que cuando más necesitábamos de nuestros buques, estos se pudrían en los arsenales faltos de tripulaciones. Francia, pues, se permitió pedir que los que teníamos en Cartagena pasaran á Tolon en donde podrían completar su dotación con marinos franceses. Esto Urquijo lo rechazó sin duda con escándalo de Azara, pero Urquijo propuso á Francia que los comprase, y en

efecto, se llegó á hacer la evaluación. En verdad, mejor hubiera sido venderlos todos á cualquier precio, que embarcar en ellos la caballería para que fuera á morir con gloria, pero nada más, en Trafalgar.

Otra vez el 11 de Junio de 1799 se tuvo que dar las más serviles muestras de obediencia al Directorio por habernos revelado contra su pretensión de servirse de nuestras escuadras para fines que no interesaban á España, esto cuando Mahon continuaba en poder de los ingleses, y esto cuando ya teníamos una escuadra en Rochefort, la de Melgarejo bloqueada por los ingleses. Urquijo tuvo que acceder, sin embargo, á que Mazarredo y su escuadra acompañaran la de Brun á Brest á donde llegaron felizmente el 8 de Agosto de 1799, un mes después, Melgarejo conseguía salir de Rochefort y regresar al Ferrol,—11 de Setiembre de 1799,—ya que no le fué posible subir á Brest. Al mismo Urquijo conseguía que se exonerase á Azara, siendo Muzquiz su sucesor, con la particularidad no vista de darle Urquijo un colega en Mazarredo á quien se le acreditó igualmente de embajador sin por esto perder el mando de la escuadra.

Azara abandonó á París después de haberse avisado con Bonaparte que le preguntó por lo que debía hacer, y se vino á Barcelona en Noviembre de 1799, procurando establecer desde aquí relaciones con el príncipe de la Paz para acabar con el gobierno de Urquijo.

Urquijo tuvo, desde los primeros momentos del advenimiento de Bonaparte al Consulado, que resistir á éste como antes había resistido al Directorio. Bonaparte le pidió que mandase refuerzos á Malta y á Egipto, naturalmente españoles, y en buques españoles, á la que replicó Urquijo que esta operación militar era imposible. Enojose terriblemente Bonaparte y su cólera se la hizo sentir haciendo que cesara de cónsul de España en París, Lugo, amigo y hechura de Urquijo. Este comprendió la advertencia y se allanó, se armaron dos bergantines y además se mandó á Turquía un embajador con el especial encargo de convencer al sultán que debía hacer las paces con Francia; y por si todo esto era poco se abrió á Francia un crédito de millón y medio de pesos en América. Tales eran las energías posibles de nuestros hombres de Estado.

Bonaparte no se dió con esto por satisfecho y continuó sus manejos para darle á Urquijo un sucesor dócil á sus exigencias, y para significarlo claramente principió por enviar al príncipe de la Paz una magnífica colección de armas que movieron los ce-

los de toda la corte, incluso los del monarca que tuvo la debilidad de declararlo, y es de suponer que avisado de ello el primer Cónsul por Godoy remitiera al desdichado Carlos IV, la colección de armas de que luego le hizo presente.

Por otra parte Bonaparte movía los reales ánimos aparentando gran interés por el aumento del duque de Parma, único Estado monárquico, como hemos dicho, que quedaba en Italia, y de cuyos Estados era heredero el esposo de la hija de María Luisa; y para tratar de ello, y para tener en Madrid persona de toda su intimidad y confianza, mandó de embajador al general Berthier que no pudo menos de expresar el asombro que le causaba la adhesión de los monarcas españoles á la república y al primer Cónsul.

Sin embargo de que Bonaparte se movía siempre por su cuenta y razón, esta vez no quería dar ni la Toscana, ni las Legaciones al duque de Parma, cuyos Estados quería agregar á la república Cisalpina sino mediante la retrocesión de Lusiana y la entrega de diez navíos de guerra, debiendo además comprometerse España á obligar á Portugal á hacer la paz con Francia, debiéndole declarar la guerra en caso contrario. Todo esto pedía Bonaparte de nosotros á cambio de mejorar los Estados de un príncipe italiano. Y pensar, según cuenta el mismo Godoy en sus *Memorias*, que estas proposiciones llenaron de contento á Carlos IV que mandó llamar al príncipe «con tres luégos,» para «pedirle albricias del brillante rasgo por donde comenzaba Bonaparte sus relaciones con España.»

Urquijo, de buena ó de mala gana, pasó por todo y sólo puso reparo en los diez navíos que pidió se redujeran á seis; tal era la independencia y patriotismo de los ministros españoles. Bonaparte, naturalmente, había de mostrarse generoso y por cuatro navíos más ó menos, no debía dejar de ganar seis, y lanzar á España contra Portugal é Inglaterra, aceptó, pues, la reducción, y el 1.º de Octubre de 1800 se firmaba en San Ildefonso un tratado por el cual España se obligaba á todo lo dicho, especificándose que los navíos habían de ser de setenta y cuatro cañones. Sólo se dejó de hablar en el Tratado de la guerra de Portugal, que, naturalmente, no podía ser objeto de convenio alguno con Francia en este momento, y cuya guerra, por razones de familia, repugnaba á los reyes de España.

Berthier pudo, pues, regresar á Francia orgulloso de su obra.

Ahora era necesario alejar de todos los puestos, desde donde se podían poner obstáculos á lo con-

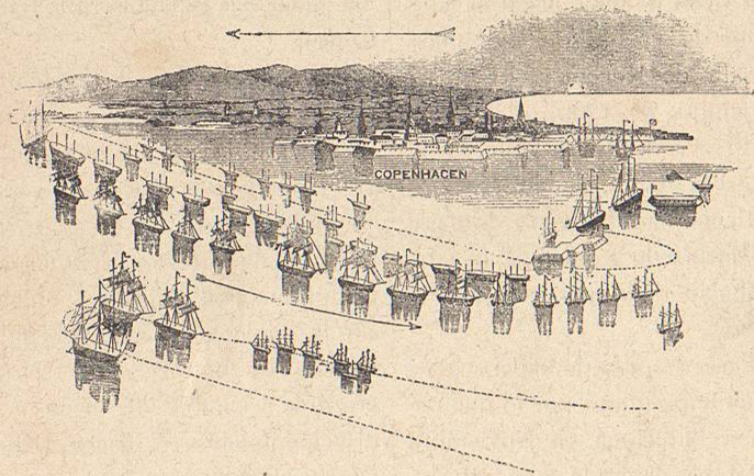
venido de una manera expresa ó tácita, á los hombres de más levantado espíritu que los menguados reyes de España.

Mazarredo era un gran estorbo. Su escuadra estaba en Brest y no corría peligro; allí estaba de segundo Gravina y éste no había de faltar por nada de este mundo á la orden que le tenía dada de no salir á empresas lejanas. Mazarredo y Bonaparte no se entendían. El primero quería emplear sus escuadras en provecho de España y para recuperar á Menorca, el segundo para acudir en auxilio de Malta y Egipto.

Que Mazarredo tenía razón en querer abandonar

á Brest con sus quince navíos y marchar al Ferrol á unirse con la escuadra de Melgarejo, lo prueba el desembarque de los ingleses en Doñino para sorprender el Ferrol, siendo rudamente escarmentados por su atrevimiento. Pero ni aún con esto hubiese Mazarredo logrado nada, si Malta no se hubiese rendido.

Bonaparte tuvo que descargar su despecho contra el marino español que tan tenazmente se había negado á una campaña con los franceses para liberar á Malta, cuando nosotros teníamos á Menorca en poder de los ingleses, y resolvió acabar con él y con su inspirador que suponía no podía ser otro que



Batalla de Copenhague

Urquijo en lo que no andaba del todo desacertado, quien, en efecto, acabó por ordenar á Mazarredo que abandonase á París y regresara con la escuadra á Cádiz. Bonaparte, pues, mandó á Madrid á su hermano Luciano, que era á la vez ministro de Gobernación de Francia, con lo que lograba, por la importancia del embajador, convencer á los reyes de España de la que tenía la misión que le confiaba, y además alejar de París y del gobierno á su hermano cada día más republicano y patriota, cuando Bonaparte cada día íbase inclinando más y más á la monarquía.

A Godoy no le pareció bien que se mandase de enviado extraordinario á un hombre tan comprometido por sus opiniones, y con quien vería de secretario, Desportes, no menos jacobino que él, como entonces se decía. Godoy temía que su simple contacto con nuestro país no encendiera la hoguera revolucionaria, y esto hubo de decirsele Urquijo á Muzquiz, —18 de Noviembre de 1800,—para que se lo dijera al primer Cónsul, á fin de que procurase

enmendar lo hecho. Godoy, como se ve, era el que dirigía la política de España sin ser ministro, y nada más curioso para probar la influencia del valido que la carta que envió á la reina el día antes del despacho de Urquijo á Muzquiz para evidenciarlo, y á la vez pintar la angustia de los que estando en íntimos tratos con los republicanos, no podían sufrir la presencia de un republicano en España.

Dice la carta: «Si Bonaparte obrase con sencillez enviando á su hermano para librarse de él, debería explicar sus ideas al rey.... si el fin es sólo el que dicen, me parece chocante que á la España se le manden las fieras y perturbadoras de la tranquilidad como si fuese un país inculto; las resultas serían fatales, ya por las relaciones de ese hombre, y ya por el fanatismo DE CUATRO PROSTITUTAS Y OTROS IGUALES BRIBONES QUE ATACAN EL PUDOR Y LA AUTORIDAD....» Por todo esto pedía Godoy se reclamara contra el envío del temible Luciano, pues siendo hermano del primer Cónsul «vendría á tener aceptación en muchas casas de Madrid, y á

trastornar por este medio la tranquilidad pública; que el rey, no habiendo querido alterar las cosas en Francia mientras duraban las quimeras y partidos, posponiendo tal vez su mejor servicio al particular de la república, no debía esperar ahora una tal correspondencia...»

En esta carta se ve que Godoy ignoraba por completo cual era la misión de Luciano y fantaseando sobre ella escribe un párrafo que hemos de copiar siquiera para descargar á Godoy por este tiempo de las responsabilidades en que ha de incurrir después. «Temo,—le decía á la reina,—que las



Dstrucción de la escuadra dinamarquina por Nelson

Américas son el objeto de la codicia de los dos rivales, y llegará día en que disputándose la preferencia quieran despojar al propietario, ejército y economía, señora, reducción de marina y bien organizada, son los puntos esenciales...» En efecto, este debía ser en aquellos días el programa de todo gobierno español, previsor y patriota. ¡Cuán lejos estaba Godoy de pensar al formularlo que todo lo que de él se dijo por los españoles no tiene otro fundamento que el no haber sabido realizar su propio programa!

Urquijo cayó al otro día de haberse presentado Luciano solo á caballo acompañado de un criado en el sitio de San Lorenzo, extraña presentación de tan gran personaje, pero efecto de la orden terminante de Bonaparte para que pidiera satisfacción á los reyes por el despacho de Urquijo. Este además cayó por liberal. Era un acérrimo regalista, y la curia romana por este tiempo apretaba cada vez más las mallas de no ceder para acabar con lo que ella llamaba el jansenismo español, representado por magistrados tan dignos como Jovellanos y Meléndez